

SCHOENBERG Y EL DODECAFONISMO

Daniel DUENAS



PAUL HINDEMITH

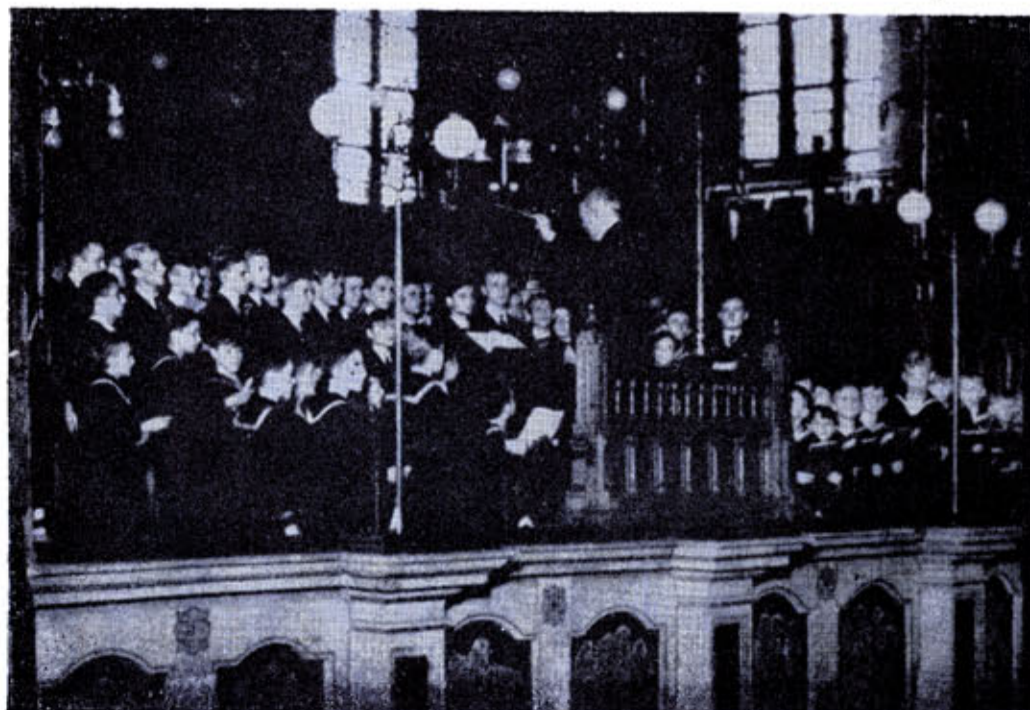


ALBAN BERG



ARNOLD SCHOENBERG

Las Gurrelieder son particularmente hermosas en la obra de Schoenberg



UNA de las figuras más extraordinarias de la historia de la música contemporánea, tanto por la discutible originalidad de sus composiciones como por la audacia de sus concepciones artísticas, es, indudablemente, Arnold Schoenberg, muerto hace poco tiempo y creador de uno de los sistemas más singulares que registra la historia del arte.

Schoenberg, el creador de la *dodecafonía* o composición a base de los doce sonidos, se nos presenta como el postrer elemento de una larga y venerable tradición artística. (El mismo confiesa que las raíces más lejanas de su arte se pueden encontrar en los madrigales del genial italiano Gesualdo da Venosa. Sin embargo, pese a estar profundamente enraizado en las corrientes de la música occidental, las composiciones de Schoenberg suenan raras para nuestros oídos, parecen provenir de un mundo sonoro al que no estamos preparados, para el cual no tenemos medida ni proporción.

La aportación fundamental de Schoenberg a la música (no sólo de nuestros días, sino de la música occidental en general) parte de un principio teórico: en las composiciones del genial músico austriaco aparece una desintegración del sistema tradicional de los tonos, es decir, la música de Schoenberg *prescinde* de la tonalidad (a la que, inconscientemente, estamos profundamente acostumbrados) y crea un nuevo universo de sonoridades que no tienen nada que ver con las antiguamente usadas. En una palabra, el sistema creado por Schoenberg consiste no sólo en una escritura que no pertenece a una clave determinada (prescindiendo, por ende, del tono), sino que obliga a emplear todas las notas de una serie dada, sin pasar a otra antes de terminar con la primera empleada. Schoenberg *prescinde*, pues, de la modulación de tipo clásico y pasa directamente de una tonalidad a otra sin que tenga que hacer preparaciones de ninguna naturaleza para ello. Precisamente por lo anterior, la música de Schoenberg suena extrañamente a nuestros oídos, acostumbrados todavía a la modulación y a determinadas convenciones que la música conocida nos ha impuesto.

Claro está que la ruptura con la tonalidad en su sentido clásico no ha sido solamente obra de Schoenberg (Johann Mathias Hauer ha creado un sistema atonal, independientemente del de Schoenberg) pero creemos que la más importante visión y realización en este sentido son obra exclusiva de nuestro compositor y de sus discípulos, entre los cuales se destaca, con dimensiones tan grandes como su propio maestro, la figura fascinante y dramática de Alban Berg, el creador de obras maestras como *Wozzeck*, *Lulú* y la *Suite lírica*.

La actividad creadora de Arnold Schoenberg ha sido, forzosamente, muy limitada en comparación con otros compositores modernos como Hindemith, cuya obra cubre una extensión mucho más amplia, puesto que ha tenido que crear una técnica totalmente nueva y que pretende en cada una de sus obras lanzar un mensaje radical y profundo. En este sentido, podríamos decir que casi ningún otro músico en la historia ha tenido una preocupación tan honda por la madurez y congruencia de la forma y el contenido.

Particularmente hermosas entre las creaciones de Schoenberg, se destacan monumentos como *Gurrelieder* (*Canciones de arrullo*), inspiradas en una obra homónima del genial poeta danés Jens Peter Jacobsen, *Un superviviente de Varsovia*, *La noche transfigurada*, *Cinco piezas para orquestas*, *Kol Nidre* y muchas otras. La evolución de la conciencia artística del compositor, así como sus progresos en el sentido técnico de la música, pueden irse estudiando a través de las obras que hemos mencionado y en muchas otras en que aparece estratificada su calidad musical, aun antes de haber realizado la creación de su sistema musical propio: el dodecafonismo.

En un punto de vista más amplio, esto es, desde el criterio simple del concepto estético, la música de Schoenberg tiene nexos profundos y sólidos con el expresionismo. En efecto, la música dodecafónica tiene un sabor profundamente doloroso y humano, aun en los momentos en que técnicamente parece estar más distante de nosotros, contiene momentos de desazón y desaliento que hacen recordar las terribles figuras amargas de Sutin y algunos cuadros de Munch.

Schoenberg deriva principalmente de Wagner y como otros muchos que toman nacimiento en la figura de este coloso, se acerca a los veneros de los sentimientos más humanos y siente el peso terrible de la condición humana, limitada y pequeña. Empero, en muchas obras (sólo queremos mencionar los *Fuenf Orchesterstuecke*) las dimensiones de su música se dilatan hasta lindes desconocidos, extraterrestres, y parecen hacernos entrever un mensaje aún no escuchado por los hombres, una palabra de otros ámbitos, o como podría decirlo el propio autor: "Sintió soplar el hálito de otros planetas".